



Prot /11

Valencia, 22 de diciembre de 2011

A los hermanos de la Provincia.

Estimados todos:

Hemos llegado a la Navidad a una velocidad que a muchos nos ha parecido mayor de la normal. Han sido unos meses de principio de curso que todos hemos vivido como distintos y creo que de forma diferente. Pero en todos, creo que junto al alivio de un tiempo más tranquilo, coexiste, por qué no, la tristeza de sentirnos un poco más solos.

Hemos dejado atrás un de sufrimiento y de difícil coexistencia, desde el convivir al trabajar juntos. Ahora, hemos de saber situarnos en la nueva realidad y desde ella, administrar el presente e imaginar el futuro. A mí me resuenan las palabras de Nuestro Santo Padre, cuando al final de su vida exhortaba a sus religiosos: “*en la tribulación, ha de brillar nuestra virtud.*” (20 mayo 1647).

Este año el Adviento nos traía palabras que sonaban a “*familiares*” y que encontramos en la boca de María: “*¿Cómo puede ser eso, si yo...?*” (Lc 1, 34). Una pregunta que no creo que deba ser considerada como falta de fe, sino algo que nace del que se siente señalado por el Señor, y como María, escuchamos “*«El Espíritu Santo descenderá sobre ti y...»*” (Lc 1, 35)

Hemos terminado el Adviento y, si lo hemos intentado, en nosotros ha debido surgir la esperanza y desaparecer la decepción. Eso ya lo vivieron los primeros cristianos, cuando después de calcular el tiempo a la manera humana, empezaron a vivir en el escepticismo del que poco espera que se cumplan las promesas. Nos puede haber pasado algo parecido. Creíamos que solucionado “nuestro problema”, todo iba a ser diferente. Y en vez de eso, nos hemos encontrado con nuestra debilidad, y con ella, quizás, con el escepticismo. Y así acoger, por desgracia, “las promesas” que nos esperan.

Y ahora, la Navidad. El Hijo de Dios se ha hecho carne para vivir con nosotros. Ante esto ¿es posible la desesperanza o el escepticismo? ¿Podemos seguir creyendo que pocos somos y poco vamos a conseguir? Y además, mayores. Y los jóvenes, con el peligro del agotamiento. **Toda una tarea por delante. A los jóvenes, hemos de ayudarles a saber dónde descansar. A los mayores, qué deben aportar.** Un poco, el mundo al revés. Porque nadie es imprescindible, pero todos somos necesarios. El Hijo de Dios recién nacido, necesita de cada uno de nosotros para ser la bisagra “entre el cielo y la tierra”, entre la debilidad y la necesidad que descubrimos. La Navidad es, tiene que ser, para cada uno de nosotros, realmente, una Buena Noticia.

Y la Buena Noticia es todo un encargo, una misión. La que recibieron los pastores después de adorar el niño en Belén: “*contaron lo que habían oído decir sobre ese niño.*” (Lc 2,17).

En estos meses, nos estamos planteando las *claves de vida* que deberían estar a la base de la nueva Provincia. Cómo vivir nuestra *escolapiedad*, cómo vivir en Comunidad, cómo definir nuestra presencia en la misión, la escuela, la parroquia, la... Y en medio de esta reflexión, nos llega la *Carta a los hermanos* del P. General que viene a unirse a ella. Y la empieza con unas palabras que todos podríamos hacer nuestras: “*Vive y trabaja de tal manera que quienes te vean no encuentren otra explicación para tu vida y tu quehacer que tu fe en Jesucristo.*”



Y más adelante, *“una auténtica renovación y revitalización de nuestra Orden... (se logrará con el) **vivir radicalmente desde la fe**, hacer de la fe el centro de nuestra vida, abrir las comunidades al testimonio de Jesús, redescubrir la fuerza vital de la experiencia de fe y de la oración, trabajar en nuestra misión con una auténtica entrega, vivir, en definitiva, desde el primer amor”*.

Nuestra Provincia, cada uno de nosotros, debe enfrentarse ante estas afirmaciones. Y empezarnos a hacer preguntas, individualmente y en cada Comunidad. Preguntarnos en qué lugar de la balanza está puesto nuestro corazón y nuestro esfuerzo, nuestro ser y nuestro quehacer, y ver si el resultado *de lo puesto en cada platillo*, es un vivir radicalmente desde la fe, y si así nos perciben. Si nos ven como verdaderos portadores de Buena Noticia, o vivimos ya el rol del *jubilado teologal*, del que poco o nada espera. Me decía un hermano hace unos meses: *“ahora toca desjubilarse”* y cuando poco después lo vi en una clase de la ESO, y le pregunté, me respondió con la sonrisa. ¿No es suficiente para entender lo anterior?

En esta Navidad, tiempo de familia, de Comunidad, de lecturas, de compartir oración y ocio, os reenvío a ese listado que el Padre General nos define como **apoyos para nuestro proceso de fe**. Puede ser un buen *regalo de Navidad*: es posible bendecir por todo lo que hemos recibido, es posible anunciarlo, y es necesario darle los apoyos que el tiempo, las inercias, los cansancio, las decepciones, los años y las enfermedades, han ido corroyendo.

Este año, la felicitación ha salido un poco larga. Pero sincera, de corazón. Que estos días de Navidad, la Buena Noticia fructifique en nuestras vidas, en nuestras Comunidades, en cada una de nuestras Obras. Hoy, nuestra felicitación, nuestro abrazo fraterno, ha de ser signo de esperanza. *Porque nuestros ojos han visto la salvación”* Lc 2,30.

Hermanos, de corazón, **Feliz navidad**.

Francisco E. Montesinos Ortí
Padre Provincial